

EL PELADO Y EL MISTERIO DEL MONTE DE TILISARAO

Hay historias que nunca llegaron a escribirse en un libro. Historias que sobreviven porque pasan de boca en boca, junto al fuego, en una ronda de mates o mientras el viento silba entre los árboles.

En Tilisarao, cuando cae la noche y el monte se vuelve un mar de sombras, hay un nombre que todavía se escucha con todo respeto: El Pelado.

Algunos juran que todo ocurrió exactamente como se cuenta. Otros sonríen y dicen que son simples leyendas del campo. Pero quienes crecieron en esos montes saben que hay lugares donde el silencio pesa demasiado... y donde no todo tiene una explicación.

El Pelado nació y se crió en el campo, desde muy pequeño sintió que el monte era su verdadero hogar. Mientras otros chicos corrían por las calles del pueblo, él prefería perderse entre los senderos de la tierra, cruzar arroyos, atravesar alambrados y caminar durante horas acompañados únicamente por su perro llamado "Chiquito", un compañero tan fiel que parecía entender cada uno de sus pensamientos.

Juntos salían a buscar palomas y vizcachas. Con el tiempo aprendió a leer las huellas en la tierra, a reconocer el canto de cada ave y a orientarse por las estrellas cuando la oscuridad cubría todo el horizonte.

Pero había algo que llamaba la atención de todos: nunca le tuvo miedo a la noche. Sus padres no podían entender cómo un niño tan pequeño regresaba solo después del anochecer, como si la oscuridad fuera una vieja amiga.

Mientras otros evitaban el monte cuando caía el sol, él recién sentía que comenzaba la verdadera aventura.

Hasta que una noche ocurrió algo que jamás olvidaría. El silencio era absoluto. Ni un pájaro. Ni una hoja moviéndose; solo el sonido de sus pasos.

De repente...

¡CLAP!

Un aplauso retumbó detrás de él, fue tan fuerte que parecía haber sonado a pocos metros, el Pelado giró de inmediato. Encendió la linterna. La luz recorrió cada árbol, cada chañar, cada churque y cada rincón del monte.

No había nadie. Solo su perro, pero el choco ya no caminaba; permanecía quieto, con la mirada fija hacia un punto donde solo existía oscuridad.

El muchacho sintió un escalofrío recorrerle la espalda pero igual, siguió caminando porque había aprendido que, en el monte, el miedo puede hacer más ruido que cualquier misterio. Con el paso de los años llegaron otras noches extrañas.

Los vecinos aseguraban que escuchaban aplausos perdidos entre los árboles. Otros hablaban de ruidos de las chalas arrastrándose por el suelo, aunque no soplabla una sola brisa, algunos decían haber visto caminar figuras entre los montes y desaparecer como si nunca hubieran estado allí y más de una vez, el Pelado sintió que alguien lo observaba.

Una madrugada escuchó pasos detrás suyo, caminaban al mismo ritmo. Si él aceleraba, los pasos aceleraban. Si se detenía, el sonido también desaparecía. Respiró profundo y giró lentamente. La linterna volvió a iluminar el monte y no había nada, solo árboles, sombras y solo ese silencio que parecía esconder algo. Nunca salió corriendo, nunca gritó, nunca desafió eso que no comprendía porque entendía una regla que los viejos del campo repetían desde siempre: "Al monte no se entra con soberbia, se entra con respeto". Cada vez que alguien le preguntaba si realmente había visto algo extraño, respondía con una sonrisa tranquila, el monte tiene su misterio y no todo necesita ser explicado.

Con los años, aquel niño valiente se convirtió en un hombre trabajador y responsable, estudió, obtuvo todos los permisos correspondientes para el uso de armas y aprendió cada vez más sobre la fauna silvestre, los rastros, el comportamiento de los animales y el equilibrio de la naturaleza. Su pasión también creció.

Las pequeñas salidas en busca de palomas y vizcachas dieron paso a la caza de jabalíes, una actividad que exige un profundo respeto por el monte.

Nunca salió buscando fama, nunca salió buscando trofeos. Salía porque ese era el lugar donde encontraba paz. El lugar donde aprendió a escuchar, donde comprendió que la naturaleza siempre tiene la última palabra.

Gracias a ese amor al campo pudo sacar adelante a su familia y transmitirle el mismo respeto por los animales, por los montes, por cada rincón de esa tierra que lo vio crecer.

Quienes realmente conocen al Pelado saben que su mayor orgullo no son las historias que vivió ni los animales que cazó. Su mayor orgullo es haber

aprendido que el monte no pertenece al hombre. Es el hombre quien, por un instante, tiene el privilegio de caminar por él.

Y todavía hoy, cuando la luna llena ilumina los montes de Tilisarao y el viento hace crujir las ramas secas, hay quienes aseguran escuchar unos pasos perdiéndose entre los senderos.

Dicen que también se oye el andar de un perro que jamás abandona a su dueño. Tal vez sea el viento jugando con la imaginación o tal vez sea el Pelado recorriendo una vez más los caminos que comenzaron su historia.

Porque en Tilisarao hay algo que todos saben, aunque pocos se animen a decir en voz alta: el monte guarda secretos y solo se los revela a quienes aprenden a respetar su silencio.